

de provincias acudían á la misma. Como medida de buen gobierno se expulsó á unos y otros.

La aristocracia, despojada en Roma, conservaba en el ejército los primeros grados. Claudio se los dejó. Un reglamento militar determinó los adelantos de los caballeros, que empezaban por el mando de una cohorte, después de un ala de caballería y luego entraban en el tribuno legionario. No se quería, sin embargo, que conservara el ejército un recuerdo demasiado largo de sus nobles jefes; y se prohibió á los soldados, llenar con los senadores el deber de clientes y aun ir á saludarlos á su casa. Claudio mostró la misma desconfianza, cuando se atribuyó el derecho, hasta entonces reservado al senado, de conceder á sus miembros licencias para viajar fuera de Italia, y prohibió la erección de estatuas sin su expresa autorización. El pueblo mismo vió que no se respetaban los últimos derechos que le quedaban, su reinado en el teatro: severos edictos lo castigaron por haber insultado á un consular y á algunas matronas de la nobleza.

En las funciones públicas hizo pocos cambios. El derecho hasta entonces ejercido por los pretores de dar tutores á los pupilos, pasó á los cónsules, y los procuradores del príncipe obtuvieron que sus juicios tuvieran la misma fuerza que los suyos. La primera disposición parece buena, porque no se podía ir á buscar demasiado alto una protección imparcial para los huérfanos; la segunda era mala, porque daba á los agentes rentísticos una importancia de que habían de abusar, y porque haciendo al fisco juez y parte en su propia causa, renovaba los inconvenientes de los tribunales confiados en otro tiempo á los caballeros.

Encargó también á tres antiguos pretores de cobrar los créditos del Estado, y habiendo sido acusados de malversación algunos administradores del tesoro público, no los castigó, pero examinó sus libros, anuló sus arrendamientos y se impuso la obligación de vigilar de cerca á sus sucesores.

Claudio, dice su biógrafo, emprendió grandes trabajos prefiriendo la utilidad al número. Terminó un acueducto comenzado por Calígula, que traía de una distancia de 40 millas el agua de muchas fuentes y la distribuía en los cuarteles más elevados de Roma (1): hizo lo que César no había tenido tiempo de ejecutar, un puerto en Ostia, con dos escolleras precedidas de un muelle en que se alzaba una torre semejante á la de Alejandría para guiar de noche las embarcaciones. Esta obra era para Roma de la mayor importancia, porque sin ella el abastecimiento de granos hubiera sido muy inseguro. Los trigos de Cerdeña, de Sicilia y de Africa llegaban fácilmente á Roma, no siendo larga la travesía y haciéndose en la buena estación. No sucedía lo mismo con la flota de Alejandría que no partía hasta setiembre y necesitaba, en las mejores condiciones, doce ó trece días de navegación para arribar á la embocadura del Tíber, y en aquella época del año comenzaban ya las furias del Mediterráneo. Así pues se habían preparado en el estrecho de Mesina refugios para los barcos maltratados por la tempestad. Cuando desde Sorrento ó Capri se reconocía por su velamen particular á los mensajeros (*tabellarias*) que anunciaban el arribo de los navíos egipcios, toda la Campania descendía á Nápoles ó á Puzzolo á saludar á la flota frumentaria al entrar en el golfo incomparable, cuya entrada protege la isla de Ischia.

Allí estaba ya en buen salvamento; pero de Puzzolo á

(1) Tácito, *Ann.* XI, 13, y Plinio, *Hist. nat.* XXXVI, 24. «Todos los acueductos anteriores, dice este escritor, ceden en importancia al de Claudio: costó 55.500.000 sesteracios, y es una de las maravillas del mundo.»

Roma quedaban más de 200 kilómetros á lo largo de una costa sin puertos y muy peligrosa en los tiempos recios, para no encontrar al fin más que la estrecha embocadura del Tíber. Claudio se resolvió á transformar este mal fondeadero en un puerto amplio y seguro. Los ingenieros daban por imposible la obra; él persistió sin embargo, y se abrió una cuenca de 70 hectáreas de superficie. Al mismo tiempo alentaba á los armadores, tomando á su cuenta los riesgos de mar y concediendo privilegios á los que equiparan barcos para el transporte de granos; á los ciudadanos el beneficio de las leyes caducarias; á las matronas los derechos reconocidos á las madres de cuatro hijos; á los latinos el *ius civitatis*, luego que hubieran llevado trigo á Roma por espacio de seis años en un navío de porte de 10.000 modios lo menos.

El puerto quedó abierto y Roma no tuvo ya que temer al hambre. Por desgracia, el Tíber arrastraba tanta arena de los terrenos que atravesaba que su delta avanzaba por término medio 4 metros al año, y con esto, el puerto de Claudio transformado en húmeda llanura dista hoy del mar dos kilómetros y medio.

Hubiera sido bueno también mejorar la navegación del Tíber y para esto ahondar su lecho ó hacer llegar á él aguas más abundantes: esta idea llevó á reproducir un proyecto presentado á Augusto, el desecamiento del lago Fucino. Este lago que cubría una superficie de 16.000 hectáreas, pero cuya mayor profundidad no alcanzaba más de 20 metros, carecía de desagüe natural: con esto, las lluvias y el deshielo causaban crecidas súbitas é inundaciones desastrosas, durante las cuales solían subir las aguas hasta 15 metros.

Los marsos pidieron con insistencia que se ejecutara esta obra, que debía dar á la agricultura fértiles tierras, y Claudio la emprendió. Obligado á renunciar al proyecto primitivo de abrir una comunicación con el Tíber, se decidió á echar las aguas del lago en el Liris. Por espacio de once años trabajaron sin descanso treinta mil operarios en abrir á través de duras rocas y movedizas arcillas un subterráneo de 5.600 metros de longitud, con una sección media de 8 á 9 metros cuadrados, y adonde llegaban los trabajadores por 32 pozos de 20 á 130 metros de profundidad, sirviendo para la salida de los materiales un número igual de galerías inclinadas.

Cuando esta obra colosal se acercó á su término, diez y nueve mil hombres, que montaban veinticuatro trirremes, dieron un simulacro de combate naval; y temiendo que este ejército condenado á perecer para divertir al pueblo, intentara algún golpe desesperado, otro ejército compuesto de pretorianos y jinetes del emperador bordeaba el lago en embarcaciones pequeñas armadas de catapultas y balistas.

Los combatientes desfilaron por delante del emperador dirigiéndole el saludo de los gladiadores en la arena: *Salve, imperator! morituri te salutant!* Gozoso Claudio de verlos tan bien dispuestos, no quiso ser menos y les devolvió el saludo. Pero en esto, depusieron las armas y se negaron á combatir. «El emperador, decían, ha pronunciado su gracia y perdón al saludarnos.»

Entonces se vió á Claudio, en su magnífico traje, correr de aquí para allá á lo largo del lago, amenazando á los unos, suplicando á los otros y decidiéndolos, en fin, á degollarse para divertirlos á todos.

¡Qué sociedad! ¡Qué tiempos aquellos en que se reunían sin dificultad en un mismo sitio diez y nueve mil criminales para morir en una fiesta! Con toda evidencia, no podemos juzgar á aquellos hombres con el rigor de nuestras ideas modernas sobre los derechos á la vida.

## VI. - ADMINISTRACIÓN PROVINCIAL Y GUERRAS.

La administración provincial fué, como en los tiempos de Augusto y de Tiberio, vigilante, pero con intenciones más liberales. En virtud de quejas producidas por los provinciales, hubieron de ser castigados algunos concusionarios, entre otros Cadio Rufo, á quien acusaron los de Bitinia; y para que siempre se pudiera llevar á los tribunales á los gobernadores cesantes en su cargo, se propuso Claudio no conferir á ninguno de ellos nuevas funciones hasta pasados muchos meses. Con frecuencia repetía en el senado que una buena gestión era un servicio personal que se le hacía. «No me deis las gracias, decía á los que nombraba para estos altos destinos; no es una gracia lo que os concedo; compartiremos juntos el peso del imperio y os quedaré obligado, si administráis bien.»

Augusto había querido constituir, en medio de las naciones sometidas, una minoría romana que fuera el punto de apoyo del gobierno, minoría bastante fuerte para hacer en todas partes respetar el orden y á la que procuraba hacer digna de su misión por medio de sus leyes. Pero con este sistema no se gobernaba aún sino en interés de Roma, de Roma pacificada, bien lo veo, y atraída á las antiguas virtudes, á lo menos así lo esperaba Augusto. ¡Esfuerzo inútil! porque era nada menos que pretender parar el movimiento del mundo, como si los emperadores hubieran podido continuar la aristocracia republicana, que exterminaban con los suplicios y las batallas de Farsalia, de Tapso y de Filipos. Representantes, á su pesar, de los nuevos intereses, desempeñaban sin saberlo el papel que las mismas circunstancias les imponían, y creyendo que sólo velaban por la paz pública favorecían una de las más grandes evoluciones del mundo. Augusto había aconsejado gran parsimonia en conceder los privilegios de la ciudadanía romana; y en el corto espacio de treinta y cuatro años, aumentó en dos millones el número de los ciudadanos. En el censo del año 14, no eran más que 4.937.000 sobre más de 21.000.000 de almas: cuando Claudio cerró el lustro en el año 48, encontró 5.984.072, ó según otro cálculo, 6.944.000, que representaban una población de 30.000.000 y un aumento medio anual de 260.000 ciudadanos, ó sea más de 1 por 100 anual.

Así, pues, la obra de asimilación avanzaba, aunque lentamente y al azar, sin la organización que hubiera formado de esta nueva nación una masa homogénea. Aun estableciendo de vez en cuando alguna colonia, haciendo por aquí y por allá algunos ciudadanos, se cedía á una necesidad que no se comprendía, pues no se sabía lo que es el gran arte de los políticos, hacer de una fuerza, que era tan fácil producir y disciplinar, un elemento de progreso y á la vez de conservación.

Claudio había adivinado este secreto de la grandeza romana: en pleno senado, en presencia de aquellos nobles que olvidaban que su laticlavia cubría tantos italianos y extranjeros, recordó con rara inteligencia de la historia cómo se había formado Roma; demostró que la misma ley de extensión continua y de asimilación progresiva que había constituido la fortuna de la república, debía ser la salvación del imperio.

Agitóse esta cuestión el año 48, á propósito de una petición de los notables de la Galia cabelluda, que ya ciudadanos, solicitaban el *ius honorum*, ó sea el derecho de poder llegar á las dignidades romanas (1).

(1) Como se necesitaba una riqueza de 1.200.000 sesteracios para ingresar en el senado, claro es que solamente los ricos podían solicitar el *ius honorum*.

Muchos senadores se opusieron á esta pretensión; pero Claudio apoyó vivamente la demanda, y se concedió, primero á los eduos, la facultad de ingresar en el senado, debiéndose extender muy luego á los ciudadanos de otros pueblos de la Galia y de España. La aristocracia le guardó rencor al príncipe por esto, y después de su muerte, expresó por boca de Séneca su odio contra el amigo de los provinciales:

«¡Por Hércules! dijo la Parca; yo quería añadir algunos días más á su vida para que hiciera ciudadanos á los pocos que quedan sin serlo; porque se le había puesto en la cabeza verlos á todos de toga, á los griegos, á los galos, á los



Claudio ceñido de laurel y revestido de bélica armadura (2).

españoles, hasta á los bretones. Pero una vez que es preciso dejar para simiente algunos extranjeros, hágase lo que tú ordenas.»

En otro lugar le reprocha «no ser más que un burgués del municipio de Planco, natural de Lyon, á 16 millas de Viena, un franco galo; y como convenía á un galo ha tomado á Roma.» Séneca quería decir: ha tomado los derechos y honores de Roma para dárselos á los transalpinos.

Respecto de las demás provincias nos faltan los textos: sin tomar á la letra las rencorosas exageraciones de Séneca, puede afirmarse, sin embargo, que en una medida un tanto diferente, se siguió en todas partes la misma conducta. Según lo que nos refiere el historiador Josefo, Claudio fué tan favorable á los judíos como á sus compatriotas de las orillas del Ródano. Aquellos, menos ambiciosos, no envidiaban el honor de la laticlavia; pero diseminados ya en todas las provincias orientales, procuraban obtener en ellas, á pesar de su turbulencia en Roma, el libre ejercicio de su religión y de sus costumbres, y hasta la exención del servicio militar.

«Es justo, les escribía, que cada cual viva en la religión de su país.» Pero cuando querían emplear en las fortificaciones de Jerusalén el oro que de todos los puntos del imperio enviaban á su templo, suspendía el emperador estos trabajos, que hacían ver bien claramente la eterna esperanza de aquel pueblo indestructible.

Siendo los dioses de la Grecia hermanos de los del Capitolio, hizo reconstruir Claudio en Sicilia el templo de Venus Ericina y procuró introducir en Roma los misterios de Eleusis (3). Al mismo tiempo provocaba un senadocon-

(2) Gabinete de Francia, camafeo núm. 221, *agata ónice* de 4 capas de 6 centímetros por 53 milímetros.

(3) Los iniciados del altar de Eleusis se elegían por suerte entre los Eupatrides de doce á catorce años. El niño así designado permanecía cerca del altar. Todos los años, á la celebración de las Eleusi-



sulto que encargaba á los pontífices restablecer «la antigua sabiduría de Italia,» la ciencia de los arúspices.

Este retroceso á las más vetustas costumbres de la Hélade y del Lacio revela que el antiguo culto se sentía amenazado por las supersticiones extranjeras y que el gobierno procuraba dar satisfacción á las impaciencias religiosas, sin salir de la tradición greco-romana. Sólo una clase sacerdotal fué maltratada, y esto más bien por razones políticas que religiosas: los druidas continuaban haciendo en Roma una guerra sorda, que hubo de inquietar á Claudio, ocupado en romanizar la Galia. Con esto, reprodujo la política de Tiberio y persiguió rigurosamente á los que no se conformaban con ella. El 43, fué condenado á muerte un caballero de la Narbonense, porque en el tribunal en que litigaba, se le encontró encima el talismán druídico del huevo de la serpiente, que según las creencias del país, tenía virtud para ganar todas las causas. Pero mientras el druidismo estaba proscrito de Roma, Mitra entraba en ella y los cristianos estaban para venir.

Esta lucha arrastró otra. Puesto que Roma atacaba rudamente el druidismo para desarraigarlo de la Galia, era menester que fuera también á combatirlo á la Bretaña. Con el sistema de hábil tolerancia seguido por Augusto, la conquista de la isla de los bretones era innecesaria; pero sometidos ahora los druidas á una sangrienta persecución, pasaban en gran número el estrecho y desde allí enviaban á sus antiguos discípulos continuas excitaciones. La isla venía á ser un foco de intrigas, que para tranquilidad de la Galia era preciso extinguir.

Fuera de esto, un tráfuga daba esta expedición por cosa fácil en razón de las contiendas y turbaciones intestinas de las tribus insulares. Claudio se decidió á emprenderla (43); pero espantadas de una guerra que desde César tenía mala fama, las legiones de la baja Germania se negaron á partir. Narciso fué de Roma á arengarlas; pero no bien se presentó el liberto en el tribunal, cuando indignados los soldados, le gritaron: «¡Ah! he aquí pues las saturnales en que los esclavos son amos.» Y tomando sus estandartes siguieron á su general.

Plaucio los repartió en tres divisiones para desembarcar más fácilmente. Ni siquiera la costa fué defendida: los bretones creían que, como sus padres, no tenían más que fatigar á los romanos y ganar tiempo, para obligarlos á retirarse; pero sumisa ahora la Galia, y no armada como en tiempo de César, ayudaba á la conquista en vez de hacerla imposible.

Plaucio siguió con paciencia á los bretones por en medio de sus pantanos y bosques, dispersó sus destacamentos, los persiguió hasta el Severn y ganó á orillas de este río una batalla, que duró dos días. Después torció hacia el Támesis, allende el cual reunieron los insulares todas sus fuerzas al mando de Caractac, caudillo poderoso y renombrado.

Todo el Sur de la isla quedaba sometido: era la primera vez, desde Augusto, que el dios Término avanzaba realmente. Plaucio reservó al príncipe el honor de acabar esta conquista, y con pretexto de dificultades que exigían su presencia, lo invitó á pasar á la isla.

Claudio se trasladó allá y pasó el Támesis con las legiones, que batieron al caudillo bretón y tomaron su capital *Camulodunum* (Colchester). Los insulares no tenían fuerza bastante para hacer frente á un emperador romano, y rindiendo las armas, pidieron la paz. Con esto, al cabo de

nias, había un nuevo iniciado del altar considerado como un verdadero ministro sagrado, porque las inscripciones dan á entender que había rango entre la más alta clase del sacerdocio eleusinio.

diez y seis días, volvió Claudio á la Galia con el sobrenombre de *Británico*.

Plaucio se quedó en Bretaña, donde organizó una nueva provincia (1). Pero la dominación romana no había pasado aún aquella barrera del país de Gales, donde se han detenido siempre las invasiones victoriosamente hechas en la costa oriental, y el sucesor de Plaucio, Ostorio Escápula, se encontró el año 50 con una sublevación general de los pueblos del Oeste. Los druidas de la isla de Mona reunieron al rededor de la bandera de la independencia política y religiosa, todas las tribus establecidas tras las montañas que atraviesan á Inglaterra de Norte á Sur, y el héroe de la primera guerra y el más bravo de los caudillos bretones, Caractac, que había preferido el destierro á la dominación extranjera, tomó otra vez el mando supremo.

Al mismo tiempo, los icenos al Sur del Humber tomaron las armas, y los brigantes, pueblo poderoso que dominaba más al Norte, de la una á la otra orilla, prepararon una defección.

La provincia estaba envuelta de enemigos; mas, por fortuna, no había concierto en este triple ataque, y forzados los icenos por las cohortes auxiliares solamente en un campamento que ellos creían inexpugnable, y sometidos los brigantes por una mezcla de dulzura y severidad, volvieron á quedar en reposo.

Para vigilar á las tribus del Norte, se estableció una colonia de veteranos en Camulodunum, á la proximidad de la Galia, á fin de tener á mano el socorro, y con esto pudo ya Ostorio ir á buscar á los pueblos del Oeste á las ásperas montañas de los ordovicos (centro del país de Gales). Caractac fatigó algún tiempo á su enemigo, pero por una y otra parte se deseaba venir á las manos en una acción general. Los romanos aceptaron el campo de batalla elegido por los bretones; terreno que descendía en suave pendiente de altas montañas y cuyos aproches estaban defendidos por un río encajonado.

Mientras peleaban de lejos llevaron la mejor parte los insulares; pero luego que los legionarios, cubiertos con la tortuga, se acercaron al enemigo, el dardo y la espada abrieron grandes claros en las filas de los bretones, que no usaban cascos ni corazas. Más empeñada la acción, los indefensos insulares caían á multitudes, pero su caudillo, menos afortunado que ellos, huyó del campo de batalla y fué á pedir asilo á la reina de los brigantes, que lo entregó luego á los romanos.

Conducido á Roma el Vercingetorix bretón, con su mujer, su hija y sus hermanos, entró en medio de pomposa fiesta en que se ostentaban sus despojos; pidió con dignidad la vida, y ¡cosa nueva en Roma! se le concedió.

Más tarde, cuando hubo visitado todas las maravillas acumuladas á orillas del Tiber, se asombraba de la ambición de Roma. «¡Cómo! exclamaba, tenéis aquí tan admirables palacios y envidiáis nuestras pobres cabañas!» (51 de J. C.).

Mientras se triunfaba en Roma, continuaban los siluros una guerra de sorpresas y emboscadas que costaba mucha gente á los romanos. Un día envolvieron un cuerpo que hubo de quedar en su país para construir fortalezas, y lo hubieran exterminado, á no acudir á punto Ostorio con todas sus fuerzas. Otra vez coparon dos cohortes auxiliares y distribuyeron entre sus vecinos el botín y los prisioneros, que fueron á enrojecer con su sangre los altares druídicos siem-

(1) Entre el Avón y el Severn concedió Claudio á Plaucio la ovación; salió á recibirlo hasta fuera de la ciudad y lo acompañó llevándolo siempre á la derecha (Suetonio, *Claud.* 24).

pre en pie en la isla de Mona; y hasta una legión fué derrotada.

Pero A. Didio, sucesor de Ostorio, que murió en su cargo, devolvió el sosiego á la provincia, sin extender por eso sus límites, contentándose con avanzar algunos puestos fortificados para proteger las conquistas de sus predecesores al S. E. de la isla.

Estas victorias ganadas en los términos del mundo sobre pueblos que César no había podido someter, que ni Augusto ni Tiberio se atrevieron á invadir, tuvieron gran resonancia en el imperio. Se ha encontrado últimamente en Asia un monumento erigido por Cícico á Claudio, el vencedor de los bretones (1).

Las legiones habían pasado el Océano, y pasaron también el Rin. Desde el primer año del reinado de Claudio, los catos, los marsos y los caucos hubieron de quedar vencidos y recobrada la última de las águilas de Varo; de modo que á este principado cabía la gloria de haber arrancado á los bárbaros, después de cincuenta años, su último trofeo. Sin embargo, el recuerdo mismo de la derrota imponía por esta parte gran prudencia. La Bretaña no era más que una isla, cuyas playas opuestas habían visto ya las águilas romanas; la Germania comenzaba un mundo, el mundo de los bárbaros, cuyos límites nadie conocía. Decíase en Roma que ganar allí una provincia era como quitar al Océano una gota de agua; que mejor era detenerse en el límite natural del Rin y desde allí trabajar en destruir las ligas, en dividir los pueblos, en poner los jefes, según el interés del imperio.

Esta política de Augusto y de Tiberio fué también la de Claudio, y el éxito respondió á ella, cuando algunos queruscos vinieron á pedirle por rey á un sobrino de Hermann, nacido en Roma, donde había vivido siempre, el cual llevaba el significativo nombre de *Itálico* (47). Por grande que fuera la abyección de este pueblo, todavía se indignaba de obedecer á un agente del emperador. Itálico fué expulsado; pero los longobardos, ganados sin duda por el oro de Roma, lo restablecieron en el trono, y los patriotas proscritos fueron á ofrecer sus servicios á los catos y á los caucos, únicos pueblos de la Germania que se atrevieran á mirar de frente á los romanos. Los primeros hostigaban de tarde en tarde á las tropas de la alta Germania, y los segundos conducidos por un tráfuga romano iban en flotillas á devastar las costas gálicas, que los habitantes, enervados por la paz y la prosperidad, no sabían defender.

Pero un gran general acababa de llegar á la baja Germania, Corbulón, cuya severidad recordaba los antiguos tiempos. Había encontrado las legiones relajadas por una prolongada ociosidad; pero una disciplina implacable y continuos trabajos les dieron muy luego el aspecto de aguerridas falanges republicanas. Súpose sin demora entre las tribus vecinas, y los frisonos, libres diez y nueve años hacía, consintieron en recibir de él leyes y magistrados y en tenerse en los límites que le pluguiera fijarles: para tenerlos siempre á raya se construyó en el punto conveniente una fortaleza.

Quería también Corbulón domar á los caucos; y sus barcos iban á poner término á sus piraterías y sus soldados amenazaban sus fronteras, cuando lo detuvo una orden de Claudio. Al retirar Rin allende las águilas que había creído conducir á una conquista, no dijo más que estas palabras: «¡Dichosos en otro tiempo los generales romanos!» Estas palabras muy celebradas, no eran sin embargo más que la expresión de un sentimiento ambicioso en un republicano, que deploraba que hubieran pasado los tiempos en que los

(1) Memorias (*Comptes rendus*) de la Academia de inscripciones, 1876 (Nota de M. Petrot).

generales desdeñaban la impotente cólera de un gobierno sin fuerza y empeñaban de propia autoridad á Roma en nuevas guerras.

Para ocupar á lo menos á los soldados, les hizo abrir Corbulón, entre el Mosa y el Rin, un canal de 25 millas, destinado á hacer menos peligrosas las inundaciones del Océano, y Claudio le concedió en recompensa las insignias del triunfo.

Su sucesor, Curcio Rufo, obtuvo el mismo honor por haber abierto en el territorio de Mattium una mina de plata de mediano producto y poca duración. Mattium estaba á más de 120 millas del Rin. Como se ve, este sistema de paz armada había puesto bajo la influencia romana toda la orilla derecha del río hasta bastante lejos de su curso.

Todavía hay que deducir de estos hechos una consecuencia, y es que si el gobierno imperial era avaro de gloria militar para las legiones, les ofrecía en cambio otra, la de las grandes obras de utilidad pública. Ved á Corbulón abriendo un canal, á Rufo dando á la explotación minas de plata y al ejército de la alta Germania continuando los inmensos trabajos de fortificación de las tierras *decumatas*. Dentro de poco acabará Paulino la calzada de Druso á lo largo del Rin, y Vetò intentará abrir una comunicación navegable entre el Saona y el Mosela, es decir entre el Rin y el Ródano, entre el Mediterráneo y el Océano del Norte.

En España y en las provincias del Danubio se hacen otra clase de obras: puentes, acueductos, caminos; en el Asia Menor se abren ó amplían puertos. En todas partes se emplean útilmente los ocios que una sabia política da á los ejércitos. Tácito hubiera debido comprender estas grandezas de la paz antes que acoger en su grave historia aquellas cartas anónimas, en que se suplicaba al emperador en nombre de los ejércitos concediera de antemano á sus caudillos los honores del triunfo, para que no procuraran merecerlo sometiendo á sus tropas á tan rudos y fatigosos trabajos.

Tácito no ve tampoco más que una satisfacción de vanidad para la emperatriz en el envío de una colonia de veteranos al país de los ubios, cuya ciudad, que era la suya natal, tomó desde entonces el nombre de *Colonia Agripina* (50 de J. C.); pero el imperio tenía necesidad de una plaza fuerte y enteramente romana en el Rin inferior, y el lugar estaba tan bien elegido que Colonia ha permanecido hasta el día una de las grandes ciudades de Alemania: hasta los romanos reconocieron en breve, durante la guerra de Civilis, el acierto de esta medida.

En la alta Germania se limitó también el emperador á rechazar á los catos, sin procurar someterlos. El honor de esta expedición recayó todo en las cohortes galas de los nemetes y vangiones, que fueron á sorprender al enemigo, y libertaron á algunos soldados de Varo, cautivos hacía cuarenta años. Acampado con sus legiones Pomponio hacia el Tauno, esperaba allí á los catos, creyendo que perseguirían hasta allí á las cohortes; pero el temor de que los atacaran por la espalda los queruscos, que se mantenían en la amistad de los romanos, hubo de detenerlos, y aun enviaron diputados y rehenes á solicitar la paz (50). Sujetos los frisonos á una semi-servidumbre, contenidos los caucos, debilitados los queruscos, humillados los catos, bien tenía Claudio el derecho de acuñar una moneda triunfal con la leyenda *de Germanis*.

Al Sur, el rey que treinta años antes había impuesto Druso á los suevos de Moravia, Vanio, amenazado de una sublevación, había solicitado el apoyo de las legiones: Claudio dejó que los bárbaros arreglaran entre sí sus diferencias; pero las tropas reunidas allende el Danubio estuvieron dispuestas á hacer respetar á los dos partidos el territorio del



imperio. Esta conducta produjo el mejor resultado. El rey destronado fué recibido con sus vasallos en la Panonia, y los dos jefes victoriosos que se dividieron su reino, solicitaron de suyo la amistad del emperador (50 de J. C.)

La tranquilidad de los países de la orilla derecha del Danubio está atestiguada por el silencio mismo de los historiadores. Un hecho de cierta importancia ocurrió, sin embargo, al extremo de estos países: Remetalces á quien Calígula había hecho rey de toda la Tracia, hubo de ser envenenado por su mujer, y como sus súbditos se sublevaran, aprovechó Claudio tan favorable coyuntura para reducir este reino á provincia romana (hacia el año 46). Veinte años después, decía Agripa á los judíos: «Dos mil soldados romanos bastan para guardar la Tracia.» Bizancio había suministrado socoros en esta ocasión, y dió todavía más en la guerra que se hizo al rey del Bósforo, obteniendo en recompensa una exención de tributo por espacio de cinco años (1).

Este rey del Bósforo, descendiente del gran Mitrídates, cuyo nombre llevaba, debía á Claudio su corona. Poco después de su advenimiento, hizo el emperador nueva distribución de los reinos vasallos: devolvió á Antíoco la Comágene, que Calígula le había quitado, después de habérsela dado; libertó al ibero Mitrídates, que Cayo tenía aprisionado; aumentó los dominios del judío Agripa y erigió la Calcídica en reino para su hermano Herodes; finalmente, cedió á Polemón algunos cantones de la Cilicia á cambio del Bósforo, transferido á otro Mitrídates. Este nuevo rey, ambicioso y turbulento, como para justificar su origen, quiso engrandecerse á costa de sus vecinos. Claudio lo depuso y lo reemplazó con su hermano Cotis.

Mitrídates procuró arrastrar á su causa algunos pueblos de aquellas regiones, y sedujo á unos y acometió á otros trayendo sobre sí una expedición romana. Las miserables ciudades de sus aliados fueron sin dificultad tomadas y tratadas cruelmente. Una de ellas ofrecía diez mil esclavos por su rescate; pero esclavos y amos, todos fueron pasados á cuchillo.

Mitrídates vino á entregarse de suyo, y cuando se presentó al emperador, le dijo altivamente: «No me han traído; vengo yo. Si lo dudas, déjame partir y hazme buscar» (49).

Claudio había libertado á Mitrídates ibérico para que recobrarla Armenia, y las divisiones de los partos hacían fácil la empresa. Este desdichado pueblo había recaído en su anarquía ordinaria, á la muerte de Artabán III (44 de J. C.). Vardán y su sobrino Gotarces se disputaban la corona, alternativamente vencedores y vencidos. Por la tercera vez iban á venir á las manos, al extremo del imperio, en la Bactriana, cuando Mitrídates entró en la Armenia, con tropas romanas, que tomaron las ciudades mientras los iberos batían el país bajo. Habiendo, en fin, quedado Vardán único dueño del imperio, redujo á Seleucia, cercada hacía siete años por los partos, y se dispuso á invadir la Armenia. El gobernador de Siria, Marso, lo conminó con pasar en son de guerra el Eufrates, si él pasaba la frontera.

Pero nuevas catástrofes evitaron esta guerra. Vardán fué asesinado por los magnates del reino en una partida de caza y Gotarces volvió; pero la nobleza envió secretamente representantes suyos á Claudio para pedirle á Meherbates, hijo de aquel Vonón, antiguo candidato de Augusto y de

(1) Tácito, *Ann.* XII, 63. El mismo favor se hizo á Apamea arruinada por un terremoto; Rodas quedó libre, y Boloña, destruida por un incendio, recibió un socorro de 10 millones de sestercios (*Ibid.* XII, 58). Cos quedó exenta de todo tributo en honor de su dios Esculapio (*Ibid.* XII, 61; Dion, LX, 24).

Tiberio al trono de los Arsácidas. El emperador se dió buena prisa en deferir á este voto, haciendo notar en el senado, que como Augusto, tenía él la gloria de haber reconquistado la Armenia y dado un rey á los partos. Pero en vez de llevar vivamente la empresa, quiso Meherbates gozar su frágil corona, y con esto, cediendo el celo de sus partidarios, fué vencido y hecho prisionero (49). Gotarces le cortó las orejas y lo dejó vivir después de esta humillación. Pero casi al mismo tiempo murió él de enfermedad, pasando el cetro á su hijo Vonón, que sólo vivió algunos meses (50 ó 51). Vologeso, su sucesor, iba á reinar treinta años, no sin gloria.

Claudio se había precipitado en lo de alabarse, como lo hizo en el senado, de tener en Oriente la fortuna de Augusto: su protegido en el país de los partos estaba fugitivo y deshonrado, y su candidato al trono de Armenia, más desgraciado todavía, fué destronado por un sobrino suyo, Radamista, á quien había colmado de beneficios, y á cuyas manos murió con su mujer y sus hijos, no por el hierro ni el veneno, porque le había jurado no valerse nunca de estos medios contra él, sino bajo un montón de trapos.

Por más habituados que estuvieran en Oriente á los crímenes de las casas reales, este causó general indignación; y Vologeso creyó la ocasión favorable para recobrar la Armenia para su hermano Tirídates. Todas las ciudades le abrieron sus puertas; pero el invierno y una peste lo obligaron á huir. Al volver Radamista de la Iberia, se bañó en la sangre de los rebeldes, que él llamaba; pero se sublevaron contra él, más y más indignados sus vasallos, embistieron su palacio y tuvo que escapar á uña de caballo. Cenobia, su mujer, en cinta de muchos meses, lo seguía en su fuga, y por no retardar ni entorpecer su marcha le pidió la muerte. El bárbaro rey se la dió de su mano y arrojó al Araxes su cadáver. Pero la herida no era mortal; unos pastores la recogieron, y curada, la entregaron á Tirídates, que la trató como reina. La influencia romana en Armenia estaba perdida; Corbulón, empero, la restablecerá en los comienzos del reinado siguiente.

En Licia hubieron de ser asesinados algunos romanos, como quiera que esta pequeña república estaba muy perturbada y revuelta: Claudio la desposeyó de una libertad de que tan mal uso hacía y la agregó á la Panfilia.

En otro lugar trataremos de los negocios de Palestina; sólo diremos aquí que á la muerte de Agripa, el año 44, juzgando Claudio que era demasiado joven el hijo de este príncipe para sucederle en el reino, agregó de nuevo la Judea á la provincia de Siria.

Para terminar la narración de los pocos acontecimientos que conocemos sobre la historia provincial durante este principado, recordemos también los triunfos obtenidos por Suetonio Paulino en la Mauritania á principios del reinado de Claudio. Este general pasó el Atlas, cuyas cimas encontró cubiertas de nieve, y penetró á través de un país abrasador hasta Taflete.

Geta, su sucesor, por poco no perece de sed con todo su ejército; pero á dicha descubrieron á poco y cuando menos lo esperaban una fuente que les salvó la vida, y una victoria decisiva sobre los moros permitió hacer de su país dos provincias separadas por el Mulucha, la Mauritania Cesárea y la Mauritania Tingitana, adonde numerosas colonias llevaron las costumbres y la lengua de Roma. Estas conquistas valieron á Claudio el honor de hacer atrás el pomerio, como Sila y Augusto.

A este reinado ó al siguiente se refieren los audaces reconocimientos de que habla Tolomeo y que se llevaron al interior de Africa por Julio Materno hasta la región de Agi-

simba «en el país de los rinocerontes,» y por Septimio Flaco al de los etíopes, tres meses de camino más allá de Garama. Refiere Plinio (VI, 24) que un liberto del arrendatario de las aduanas imperiales en el mar Rojo, fué impelido por los vientos, al doblar la Arabia, hasta la isla de Taprobana, donde permaneció seis meses, aprendió la lengua del país, y á la vuelta trajo cuatro embajadores que dieron á Claudio curiosas noticias sobre la isla, sus habitantes y su comercio con los seres ó seros.

Este principado no carecía pues de gloria militar y política. Conquistadas la Mauritania y la Bretaña; contenidos los germanos, después de haber perdido los últimos trofeos de sus antiguas victorias; mantenido en la obediencia el Bósforo; reducidas á provincias romanas la Tracia y la Judea (1), y las divisiones de los partos hábilmente entretenidas y prolongadas; en el interior, algunas buenas leyes, no pocas obras de utilidad pública, prosperidad creciente (2); en los ejércitos, severa disciplina y una actividad que venía á redundar en beneficio público, bajo la dirección de generales envejecidos en el mando (3); finalmente lejanas embajadas renovando el curioso espectáculo que tanto había lisonjeado la vanidad romana en tiempo de Augusto.

Ciertamente, en todos estos hechos, en estos resultados había con qué halagar y aun satisfacer el orgullo de un príncipe mucho más exigente de lo que jamás fué Claudio sobre este asunto.

Mas nos incumbe ahora volver á Roma para ver la agnía de la aristocracia romana y los ejemplos que ofrecía al mundo el palacio imperial, donde reinaba una mujer impúdica, cuya sensualidad pagana hubiera podido hacer de ella la diosa del libertinaje y de la orgía; Mesalina tendrá rivales entre las matronas y Locusta no trabajará exclusivamente para Agripina.

#### V. — MESALINA

El vicio y la segur habían diezmando de tal modo á la nobleza romana que se vió obligado Claudio á hacer patricios el mismo año en que abrió el senado á los notables de las provincias (4). Una aristocracia sustituía á otra: la del mundo reemplazaba á la de la ciudad, señal manifiesta de que muy luego van á llegar también emperadores provinciales. Las *gentes* creadas por César y por Augusto se habían extinguido ya, y quedaban muy pocas de las cincuenta *casas troyanas* que Dionisio de Halicarnaso contaba aún en tiempo del primer emperador. Claudio mismo

(1) La Itúrea fué también, como la Judea, agregada á la Siria, después de la muerte de su rey Sohemes, el año 49 (Tácito, *Ann.* XII, 23).

(2) El año 49 hubo, sin embargo, en Grecia una gran calamidad de hambre: vendiase allí el modio de trigo á seis dracmas y acaso llegó al doble; y el año siguiente hubo un tumulto en Roma por el precio del trigo. Claudio fué perseguido y molestado por los clamores y hasta por las amenazas de la multitud; pero tomó prontas y eficaces medidas para restablecer la abundancia al mismo tiempo que el orden (Eusebio, *Chron. ad ann.*; Suetonio, *Claud.* 18; Tácito, *Ann.* XII, 43).

(3) El acierto de Claudio para elegirlos, merece los encomios de Tácito. V. sobre Casio, *Ann.* XII, 12, y sobre Corbulón, XI, 20. Puede citarse también á Ostorio, *ducem haud sperendum* (*Ibid.* 39); á Suetonio Paulino, el conquistador de Bretaña y de la Mauritania, á cuyas órdenes hizo Vespasiano sus primeras campañas; á Burro, el prefecto del pretorio; á Galba, que mandó sucesivamente en Aquitania, en Germania y en Mauritania: *Africam moderate... Hispaniam pari justitia tenuit* (Hist. I, 49); á Vinio, *qui Galliam Narbonensem severe integreque rexit* (*Ibid.* 48). Vitelio mismo merece este elogio de Suetonio: *in provincia (Africa) singularem innocentiam praestitit biennio continuato* (Vitell. 5).

había ayudado á disminuir su número: durante su reinado hubieron de perecer treinta y cinco senadores y más de trescientos caballeros; muchos de ellos víctimas de vergonzosas pasiones y de la codicia de Mesalina, no pocos arrebatados por el suicidio, que hombres sin creencias ni útil empleo de la vida (4) tenían por el último recurso de una existencia fatigada por el placer y el temor; pero el mayor número, castigados á consecuencia de conspiraciones imprudentes y de crímenes probados. Se recordaba la tentativa abortada, después de la muerte de Cayo y se creía poder repetirla con mejor fortuna: aun después de Nerón habrá republicanos, porque las locuras de los nuevos emperadores hacían sentir más vivamente aquel gobierno que había conquistado el mundo. Más numerosos eran aún los que



Mesalina (5)

viendo el primer puesto tan indignamente ocupado, creían fácil derribar de él á un príncipe, cuya misma madre lo llamaba un error de la naturaleza, un hombre comenzado y no acabado.

Un asesino, armado de un puñal, se deslizó un día hasta la cama del emperador: dos caballeros intentaron darle muerte, el uno á la salida de un teatro y el otro en el acto de un sacrificio (6). Un nieto de Polión y otro de Mesala quisieron hacer una revolución y arrastraron á su proyecto á personas del mismo palacio. Pomponio, en fin, inició una guerra civil y Escriboniano sublevó el ejército de Dalmacia prometiendo á sus soldados restablecer la república,

(4) Ya vimos en otro lugar con qué facilidad se suicidaban las gentes en tiempo de Tiberio. Dion (LX, 11) refiere que Claudio se empeñó en hacer asistir al senado á los caballeros siempre que se les citara. Un día hubo de reprender tan vivamente á algunos que habían faltado á la sesión, que todos ellos se suicidaron.

(5) Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 228. El busto de Mesalina, ceñido de laurel, está acomodado en la curva de un cuerno de la abundancia, del cual sale medio cuerpo de niño, sin duda Británico. Roma armada de casco está delante de la emperatriz. Rubens, que admiraba este camafeo, hizo un diseño de él, que se conserva en su obra (Chabouillet, *Catálogo general*, etc. p. 38).

(6) Suetonio (*Claud.* 13) y Dion (LX, 15) creen en la realidad de todas estas maquinaciones. Tácito habla de un caballero, á quien se encontró un puñal en medio de los que iban á saludar al príncipe (*Ann.* XI, 22) y Dion (LX, 18) de otro caballero, sin duda el denunciado por Otón, gobernador de la Dalmacia (Suetonio, *Otho*, I), y precipitado de la roca Tarpeya por los cónsules y los tribunos. Tácito habla también de las instancias hechas por Silio, cónsul designado, cerca de Mesalina para que diera muerte al emperador (*Ibid.* 26). Estos hechos dan nueve ó diez conspiraciones, si no hay confusión.